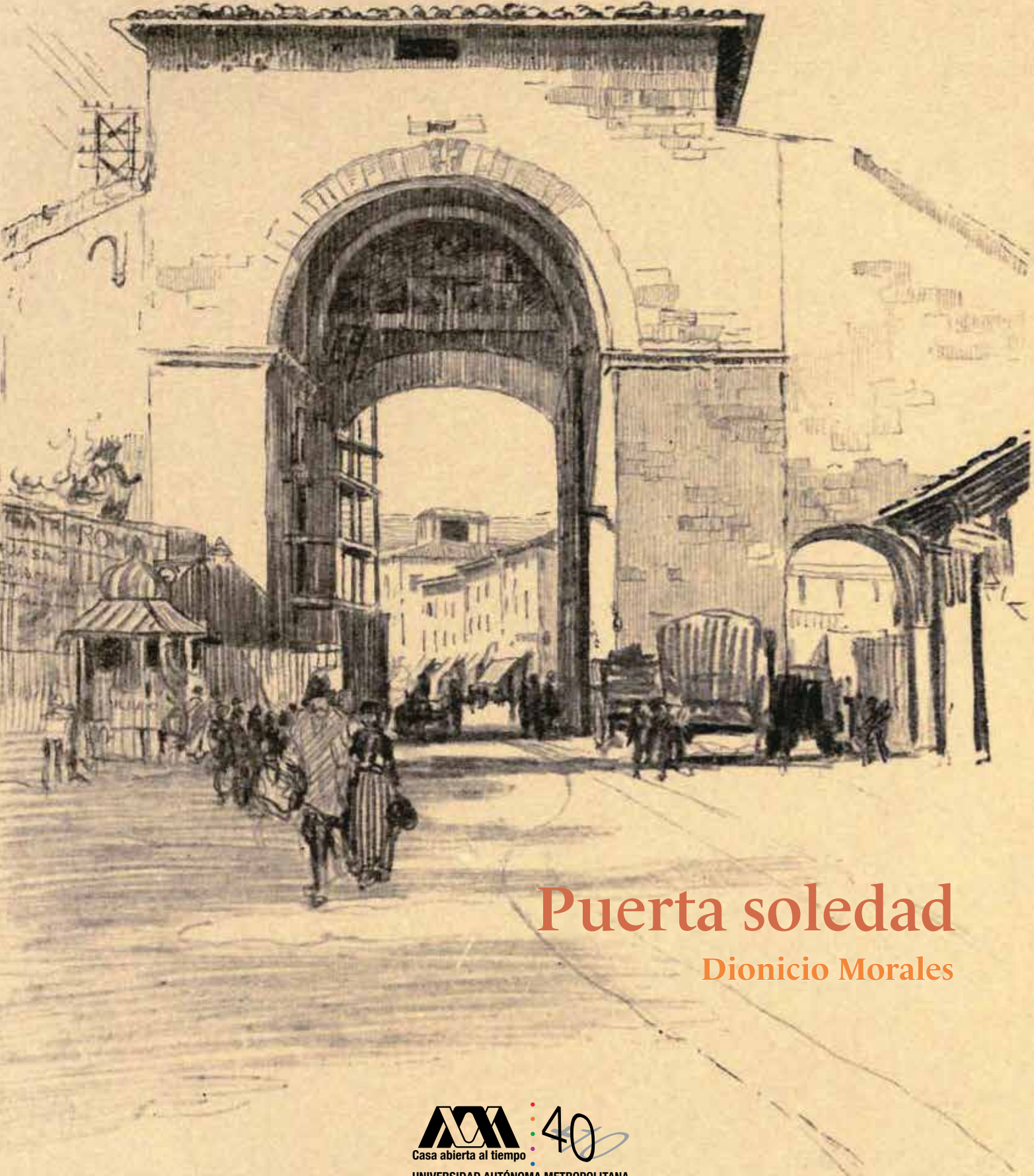


tiempo en la casa

Número 8 • septiembre 2014

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*



Puerta soledad

Dionicio Morales

DIONICIO MORALES (Tabasco, México). Estudió Letras hispánicas (UNAM). Ha sido colaborador en distintas revistas culturales y periódicos. Coordina talleres en diversos espacios literarios como la Asociación de Escritores de México y el Centro Cultural del Bosque. En 1989 ganó el premio al mejor “Espectáculo Poético” del año otorgado por La Unión de Críticos de Teatro. Su más reciente libro de poesía publicado es *Flamenco místico y pagano*.

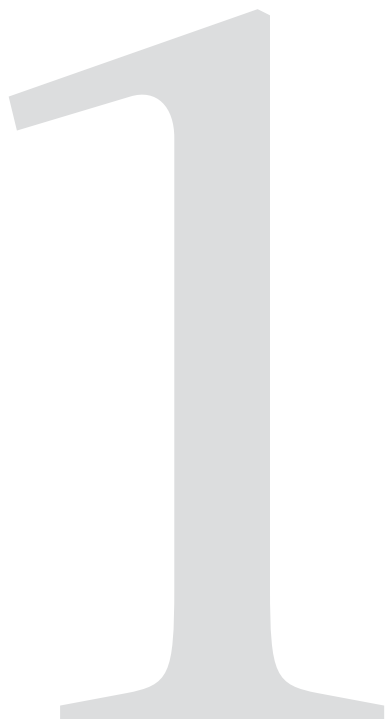
Ilustración de portada: *Puerta Romana*, Richards Fred, 1914

Rector General: Salvador Vega y León **Secretario General:** Norberto Manjarrez Álvarez **UNIDAD AZCAPOTZALCO Rector:** Romualdo López Zárate **Secretario:** Abelardo González Aragón **UNIDAD CUAJIMALPA Rector:** Eduardo Peñalosa Castro **Secretaria:** Caridad García Hernández **UNIDAD IZTAPALAPA Rector:** José Octavio Nateras Domínguez **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca **UNIDAD LERMA Rector:** Emilio Sordo Zabay **Secretario:** Darío Guaycochea Guglielmi **UNIDAD XOCHIMILCO Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado

Tiempo en la casa, número 8, septiembre de 2014, suplemento de *Casa del tiempo*,

Revista mensual de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

DIRECTOR: Walterio Francisco Beller Taboada **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz **COMITÉ EDITORIAL:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz, María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** Rosalía Contreras Beltrán.



I

La soledad es un signo de muerte,
lenta, impía. Perfora con rabia
silenciosa los espacios vacíos
de la mente. El cuerpo en su memoria

ensombrece el espíritu, las ansias
de medrar. El mundo es un redondel
que nunca se detiene. Los deseos
se oscurecen. La mirada deambula

hacia la nada interior. Resquebraja
la vida y enmudece. Las pasiones
se apagan. La alegría abandona

su luminosa reciedumbre. Nada
canta a la luz. El sueño se detiene.
La soledad es la noche oscura de

Dios.

II

Los espacios vacíos de la mente
se abren erizos. Los sentidos cierran
su habitual lucidez ante el derrumbe
sombrio del espanto. Nada brilla

con sal en la mirada. Con rencores
se dispersa la sangre mutilada.
La tristeza, vencida, aparece
en el semblante. Debajo de la piel

se marchitan, negras, las impurezas
bastardas de la carne. Sólo un rayo
de luz negra parpadea soberbia

en el entorno. Es la soledad
que en su triste memoria desgarrada
arrastra la otra cara de la vida.

III

El cuerpo, en su memoria, ensombrece
su canto fiel. Los silencios se pierden
entre los gritos desolados. Trunca
la ácrata sagacidad del tacto

por esa soledad amurallada,
la noche y el día se petrifican
bajo la misma sábana. El aire
ahoga los espasmos febriles y

ese frío interior del abandono
de los que no poblarán las hélices
del corazón febril paralizado,

baña raudo los seres y las cosas
como un bautizo nuevo. Desvalido,
el mundo es una llaga: es eterna.

IV

Los deseos se oscurecen al tiempo
que del asombro huyen los olvidos.
Los feroces desaliños del alma
invaden el esqueleto. Todo se

agrieta. Las visiones obnubilan
el depurado resplandor del mundo.
En el sellado estigma del agreste
silencio, la soledad alardea

con el pardo color de la nostalgia.
Las lágrimas se escinden. Respiros
entrecortados, tenues, languidecen

y naufragan en el pretil del cosmos.
De pie ante las armas invisibles
el ánima rema hacia la otra orilla.

V

La mirada deambula por la nada
interior. El rodeo escalofría
la sacra voluntad del pensamiento.
Los extremos, ser y nada, relampa

guean en el fiero, ríspido encuentro.
El paisaje se humilla ante los ojos
anegados. La visión neblina
los estados anímicos. No hay luz

húmeda que elucide el origen
del día, ni negrura que deslice
el tullido velamen de la noche.

Cerca del cielo, rabiosa, altiva,
la soledad edifica su reino,
sepulta, con cinismo, su otra historia.

VI

Resquebraja la vida y enmudece,
atónita, ante el rígido marasmo
de la nada. Cómplice del quebranto,
siembra azucenas junto a cardos vivos

que suavizan y ensangrientan las manos.
Se desmemoria de los sexos cuando
se posesiona de las mentes y los
cuerpos. Su batahola ha comenzado.

Hombres y mujeres se rinden. Otros
rostros marcan el perfil de la dicha
ancestral. Y la fiebre borrona

las efigies estruendosas de ayer.
La soledad, ahíta de festines,
asume, soledosa, su naufragio.

VII

Las pasiones se apagan. Un murmullo
de centellas interiores acallan el
incendio. Las desnudeces del alma
proclaman el desastre. El resplandor

de antaño se esconde en la oscurana y
del cuerpo huyen las remembranzas, los
sensuales abrojos del hartazgo
feliz y duradero. Otra es ya la

búsqueda perpetua del viejo rito
de vivir. La soledad, encumbrada
hacia el nuevo sitial pero asida a la

tierra, arropa a sus huéspedes reales.
Los tiempos se eternizan en el vuelo
del aire. Crepita un fulgor nuevo.

VIII

La alegría abandona su lumino
sa reciedumbre. La vida cambia
alrededor. En el círculo estéril
de las noches y los días cerrados

se agusanan las horas. El olvido
filetea las palabras raídas.
En el último soplo memorioso
se deshacen los ímpetus carnales.

La soledad, transfigurada, gime
su primera derrota. En el bosque
del cielo se aherrojan los peces

solares. Las mantarrayas nocturnas
despliegan su velamen sobre el agua.
Nada flota. Sólo la soledad.

IX

Nada canta a la luz. Sobre los labios
manchados de azucenas caen todas
las flores negras, sordas, del silencio.
La música estrangula su sordina.

Ni un sonido sepulcral atraviesa
el aire líquido. La oscuridad
esconde sus perros embravecidos
que ladran, hacia adentro, su linaje.

Las hojas de los árboles no mueven
su verde clorofila. En la tierra
se escuchan las cálidas discrepancias

del rumor claro del agua. El fuego
calcina la soledad. Como el ave
Fénix, fatua, renace de sí misma.

X

El sueño se detiene en el umbral
oscuro del insomnio. Nubecillas
enmarañadas deshacen el vuelo
desairado de la visiones tercas

y las imágenes se perpetúan.
Hospedadas en el idioma virgen
del trasnochado ensueño, silabea
una nueva ira. La soledad,

aturdida, soporta el estallido
e ignora la debacle. Apresada al
dolor cristiano memorioso, dice

la última palabra. Su rostro se
aligera y entierra la cerviz
bajo el frío regazo de la muerte.



XI

La soledad, Ave Fénix, vuelve a la vida, pese a los torpes reniegos que en su nombre blasfeman los mortales. Se ilumina el entorno. La tristeza

vuela en pedazos. Las lágrimas tornan a su vieja, silenciosa escollera. La mente habita los espacios. Todo resarce su esplendor. El sueño alumbra

los insomnios. Las miradas convocan la promesa secreta. Los deseos resucitan y las pasiones cantan.

La soledad entierra su escombrosa agonía. Y la noche oscura de Dios, asesina de luz a la muerte.

XII

Se ilumina el ambiente y el fuego
rípido triza las sombras ocultas
más allá del portal. En las figuras
pétridas se desvanece el dolor.

El día es una ebriedad de maripo
sas encendidas. La luz, fiel guerrera,
acomete con vehemencia las furias
desatadas. A las miradas ciegas

regresa el deslumbre de los objetos
cotidianos que hablan de nuevo nuestro
idioma. Las estaciones reposan

en el sitio afiebrado de los tiempos.
La soledad cambia de rostro. Y el
amor total despliega su velamen.

XIII

La tristeza vuela en pedazos. Todo
alrededor despliega sus miradas
lúbricas. El silencio abandona
su sellado hermetismo y los gritos

pueblan las alturas. La luz del día,
franca, ilumina los rostros. Tigra,
la orfandad suaviza la otra mejilla.
El mundo nace. Se musicaliza

el aire. En el abierto recinto
el alma cabrillea y se olvidan
las viejas y terribles tempestades.

La soledad sepulta su quebranto.
En el vesánico universo, Dios
desmorona la noche y se abre el día.

XIV

(Soledad es mi nombre. En la arcilla
desértica, quemada, parí a todos
mis hijos. Los cuidé como a un fruto y
como al agua: escasos. Con mi cuerpo

los cubrí con amor bajo mi sombra.
En silencio —el ruido más pesado
en el desierto— aherrojamos
la dicha con los años. Los excesos

de lluvias y sequías burilaron
con punta seca el carácter. Todos
crecieron fuertes en el Norte. En el

páramo gris la vida deletreaba
su esqueleto, las palabras crecían
y Dios amurallaba su retorno.)

XV

La mente habita los espacios. Gira
la mañana su presencia amarilla.
En la soledad se abre la otra puerta
al desierto. La arenisca aclara

la mirada. Los cuerpos dimensionan
los deseos. En el corazón grita
la sangre sepultada. No hay lugar
para el llanto. Los designios se cumplen

y el amor sella los sitios vacíos.
El aire, en su danza, aligera
la nada. Todo crece en la memoria.

La claridad del alma agiganta
la pasión. La soledad aletea
en los rincones. Todo resucita.

XVI

Todo resarce su esplendor. Bajo el man
to geológico la soledad tiende
sus redes. Los aguaceros truncan
los calores dolientes. El tañido

del agua reverbera su caída
como un fulgor sagrado. Soledad
es un tiempo sublimado cuando las
manos suaves, callosas, aligeran

la carga del día, de la noche, y
el amoroso tacto recorre la
otra piel ensimismada. Las parejas

se aíslan. El encuentro y el ocio se
estremecen. Sólo el desasosiego
mutuo —soledad— abrirá esa puerta.

XVII

El sueño alumbra los insomnios, pero
la vigilia febril los amortaja.
En la soberbia estancia del desierto
el sol tiende su manto. Sólo el vivo

lenguaje de la lluvia silencia su
reinado. A veces, en esta tierra,
nacen o se resquebrajan los tiempos
cuando los vientos huracanados de

polvo y las tormentas de agua acosan
al feroz territorio. Sol y edad
aparejan su nombre. Cada quien

en el espejo inventa sus miradas.
La soledad, desde su bosque de cris
tal, sonrío astuta a los humanos.

XVIII

Los deseos resucitan pasiones.
En las acciones tiernas y en las iras
incrustadas de pronto sobre el alma,
la soledad es el último embrague

que nos ata a la vida. Los severos
augurios de la dicha se fijan en
las sombras. Espejean el vidriado
paisaje del desierto los colores

sosegados que dibujan el aire.
Es tiempo de la creación. Es la hora
celeste. La soledad guillotina

la lividez del ocio. La puerta abre y
cierra su vacío para que entre el
amoroso sentimiento de la nada.

XIX

La soledad enterró su agonía
ha tiempo. Toda la roja pureza
de su sangre se deslíe en la tierra.
Polvos caracoleados se levantan

al conjuro de la música yerma.
El páramo dejó atrás su reseca
masedumbre. Brillan en su espesura
otros granos solares. La luz plena

abre sus diamantes perfectos como
el día de la Creación. Elementos
naturales asaltan el paisaje.

La soledad ha impuesto su lenguaje
en este diálogo cerrado. Dios
desparrama el día sobre la noche


oscura.

XX

(Sebastian es mi nombre. Soledad es mi aliada. La amo. Sin ella estoy muerto. Su cercanía es el pan de mi universo. Entre los dos fundamos

otro reino y el entramado es la piedra de toque donde labro, con las manos, mi escultura. De cada obra emanan los ensueños que el entorno y mi espectro

vislumbran. Entre los dos celebramos la vida. La cantamos. En la puerta soledad el aire merodea las

figuras que vienen y se van. Y la tierra, el fuego y la lluvia, airean el sagrado recinto del desierto.) 

Ciudad de México, 2011

